

TERESA DE ÁVILA

Alba de Tormes, 25 de mayo de 2025

Queridos hermanos y hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

En este lugar tan significativo, y no solo para la familia carmelitana, por estar delante de los restos de Santa Teresa, queremos aprovechar esta ocasión única para acercarnos a esta gran mujer, Teresa de Ávila, “una de las cimas de la espiritualidad cristiana de todos los tiempos” (Benedicto XVI, Audiencia del 2 de febrero de 2011). Teresa de Ávila nace en Ávila en 1515 en el seno de una familia “virtuosa y temerosa de Dios” (Autobiografía). Leyendo la vida de los mártires se despertó en ella el deseo del martirio, el deseo de *ver a Dios*, como ella misma confesó a sus padres. Más tarde, leyendo la vida de los santos descubrió los dos grandes pilares de su espiritualidad. Uno «el hecho de que todo lo que pertenece al mundo de aquí, pasa»; y otro, que sólo Dios es «para siempre, siempre, siempre», tema que se reitera en la famosísima poesía «Nada te turbe / nada te espante; / todo se pasa. / Dios no se muda; / la paciencia todo lo alcanza; / quien a Dios tiene / nada le falta / ¡Sólo Dios basta!». Al quedar huérfana de madre a los 12 años, pide a la santísima Virgen que le haga de madre (cf. *Vida* 1, 7).

La experiencia como alumna de las religiosas agustinas de Santa María de las Gracias de Ávila y la lectura de libros espirituales, sobre todo clásicos de la espiritualidad franciscana, le enseñan el recogimiento y la oración. A la edad de 20 años, entra en el monasterio carmelita de la Encarnación, también en Ávila; en la vida religiosa toma el nombre de Teresa de Jesús. Cuando tenía 39 años, el descubrimiento fortuito de la estatua de «un Cristo muy llagado» (*Vida* 9, 1) marca profundamente su vida y le lleva a madurar el ideal de reforma de la Orden carmelita, llegando a fundar diecisiete. En este camino de reforma del Carmelo fue fundamental el encuentro con san Juan de la Cruz, con quien, en 1568, constituye en Duruelo, cerca de Ávila, el primer convento de Carmelitas Descalzos. La vida terrena de Teresa termina precisamente mientras está comprometida en la actividad de fundación. En efecto, en 1582, después de haber constituido el Carmelo de Burgos y mientras se encuentra camino de regreso a Ávila, muere la noche del 15 de octubre en Alba de Tormes, repitiendo humildemente dos expresiones bien conocidas: «Al final, muero como hija de la Iglesia» y «ya es hora, Esposo mío, de que nos veamos». Una existencia consumida y entregada por Jesús y por la Iglesia. Beatificada en 1614 por el Papa Pablo V y canonizada por Gregorio xv en 1622, san Pablo VI la proclama «doctora de la Iglesia» en 1970.

Sin una formación académica especial Teresa de Jesús, alimentada por la lectura de los Padres de la Iglesia y aconsejada por grandes santos de la época, como Pedro de Alcántara y Juan de la Cruz, nos dejó obras claves para entender su vida y la vida del Carmelo: *Camino de perfección*, su autobiografía conocida como *Libro de la vida*, que ella llama *Libro de las misericordias del Señor*, el comentario al *Padre nuestro*, modelo

de oración, el *Castillo interior*, escrito en 1577, e inspirado en el *Cantar de los cantares*, el *Libro de las fundaciones*, escrito entre 1573 y 1582, en el cual habla de la vida del grupo religioso naciente.

No es fácil resumir en pocas palabras la profunda y articulada espiritualidad teresiana. Quiero mencionar algunos puntos esenciales. En primer lugar, santa Teresa propone las virtudes evangélicas como base de toda la vida cristiana y humana: en particular, el desapego de los bienes o pobreza evangélica; el amor mutuo como elemento esencial de la vida comunitaria y social; la humildad como amor a la verdad; la determinación como fruto de la audacia cristiana; la esperanza teologal, que describe como sed de agua viva. Y todo ello sin olvidar las virtudes humanas: afabilidad, veracidad, modestia, amabilidad, alegría, cultura. En segundo lugar, santa Teresa propone una profunda sintonía con los grandes personajes bíblicos y la escucha viva de la Palabra de Dios. Ella se siente en consonancia sobre todo con la esposa del *Cantar de los cantares* y con el apóstol san Pablo, además del Cristo de la Pasión y del Jesús eucarístico.

Asimismo, la santa subraya cuán esencial es la oración. Rezar, dice, significa «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (*Vida* 8, 5). La oración es vida y se desarrolla gradualmente a la vez que crece la vida cristiana: comienza con la oración vocal, pasa por la interiorización a través de la meditación y el recogimiento, hasta alcanzar la unión de amor con Cristo y con la santísima Trinidad. Para Teresa, de hecho, la vida cristiana es relación personal con Jesús, que culmina en la unión con él por gracia, por amor y por imitación. Otro tema importante para la santa es la centralidad de la humanidad de Cristo. De aquí la importancia que ella atribuye a la meditación de la Pasión y a la Eucaristía, como presencia de Cristo, en la Iglesia, para la vida de cada creyente y como corazón de la liturgia.

Un último aspecto que quiero subrayar en la vida y espiritualidad de la Santa Andariega es su amor incondicional a la Iglesia. En todo momento, Teresa, manifiesta un vivo «*sensus Ecclesiae*» frente a los episodios de división y conflicto en la Iglesia de su tiempo. Reforma la Orden carmelita con la intención de servir y defender mejor a la «santa Iglesia católica romana», y está dispuesta a dar la vida por ella (cf. *Vida* 33, 5).

Queridos hermanos y hermanas, santa Teresa de Jesús es verdadera maestra de vida cristiana para todos los tiempos. En estos *tiempos recios* que estamos viviendo, muy parecidos a los tiempos en que vivió nuestra santa, Teresa nos enseña a ser testigos incansables de Dios, de su presencia y de su acción; nos enseña a sentir realmente esta sed de Dios que existe en lo más hondo de nuestro corazón, este deseo de ver a Dios, de buscar a Dios, de estar en diálogo con él y de ser sus amigos. Que el ejemplo de esta santa, profundamente contemplativa y eficazmente activa, nos impulse también a nosotros a dedicar cada día un tiempo para tratar de amistad con Él, sabiendo que el tiempo dedicado a la oración ración no es tiempo perdido; es tiempo en el que se abre el camino de la vida, se abre el camino para aprender de Dios un amor ardiente a él, a su Iglesia, y una caridad concreta para con nuestros hermanos; sabiendo, también que toda reforma de la Iglesia nace de la oración.

Celebramos hoy el VI Domingo de Pascua. Antes de subir al cielo Jesús ha estado “con” los discípulos. Ahora que se va, va a estar “en” los discípulos. Nuestra pobre y vieja cada en ruinas, se va a levantar y erigir en Morada de Dios. La Morada era la tienda de Dios en medio de las tiendas de su pueblo. Jesús es presentado por Juan en el prólogo de su evangelio como la “Morada de Dios entre los hombres”. Ahora la Palabra se hace más íntima. Nosotros somos la Morada de Dios si está en nosotros el amor, porque ésa es la señal de los cristianos, en eso se nota si nos amamos los unos a los otros, como él nos ha amado, y si guardamos sus palabras.

Esa será la condición para que el Padre envíe al Espíritu Santo en el nombre de Jesucristo y pueda venir y hacer morada en nosotros, y nosotros mismos seamos morada de Dios. Un Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Un Dios amor, diálogo, apertura, donación, danza, fiesta. Este Dios-Trinidad no es un Dios estático sino dinámico. Está motivando, sugiriendo, incentivando, “los modos de ser de Dios”. La única condición que nos pone el Dios-AMOR es que le amemos a Él y a los hermanos.

“Mi paz os dejo, mi paz os doy”. Acojamos la paz que el Señor nos da, una paz que no es simple ausencia de guerra, sino compendio de todos los bienes mesiánicos, fruto de la justicia y del amor. Sin esta paz en los corazones, el mundo estará siempre amenazado por las guerras; los matrimonios por la ruptura; las comunidades y grupos, por la discordia, los celos, las rivalidades. Necesitamos la “paz del corazón” que sólo Jesús nos puede dar. Pidámosela al Señor por intercesión de Santa Teresa.

En tiempos recios como los que vivió la Santa y como los que vivimos nosotros, “son menester amigos fuertes de Dios para sustentar a los flacos” (Libro de la vida, 15, 5), hombres fuertes que se dejen guiar por el Espíritu, hombres y mujeres “moradas de Dios”. A eso estamos llamados tú y yo. Pidámosle esa gracia al Señor por intercesión de Santa Teresa.

Que María, a la que tanto amaba la mística abulense, bajo la advocación del Carmen y su esposo San José, del que ella era tan devota, intercedan para que la «estrella» que el Señor encendió en la Iglesia con la reforma teresiana siga irradiando el gran resplandor del amor y de la verdad de Cristo a todos los hombres. *Fiat, fiat, amen, amen.*